

# E M CIORAN

## DE LAGRIMAS Y DE SANTOS (Lacrimi si Sfinti, 1937)

### Prefacio

En sus Conversaciones con Chestov, Benjamin Fondane cita unas palabras de Chestov, según las cuales la mejor manera de filosofar consiste en «seguir solo el propio camino», sin utilizar como guía a otro filósofo, o, mejor aún, en hablar de sí mismo. *Fondane añade: «el tipo del nuevo filósofo es el pensador privado, Job sentado sobre su estercolero». Cioran pertenece a esa raza de pensadores.* Durante mucho tiempo ignorado, no fue leído más que por marginales.

Si sus paradojas divierten o irritan a algunos de sus lectores, otros, los verdaderos, experimentan una extraña sensación de euforia al borde del abismo, como esa joven libanesa que le leía en un sótano de Beirut durante los bombardeos, pues su espíritu le resultaba estimulante y su humor tónico en medio del desastre. O como aquella japonesa que, queriendo liquidarse, descubrió a tiempo las palabras de Cioran sobre el suicidio y se puso a escribirle, transformando así su obsesión en conversación epistolar.

Lo que descubren quienes se acercan a su obra es el don que tiene de arrastrarnos, mediante la escritura, hacia una aventura más allá de lo libresco. Es el tono, que él mismo define como «lo que no puede inventarse, aquello con lo que se nace... una gracia heredada, el privilegio que tienen algunos de hacer sentir su pulsión orgánica, el tono es más que el talento, en su esencia» (*Del inconveniente de haber nacido*).

Cioran ha repudiado siempre el pensamiento teórico como tal: «*Yo no he inventado nada, no he sido más que el secretario de mis sensaciones*». Sus lecturas le han hecho regresar constantemente a sí mismo, sus congojas de siempre, que ha convertido en una de las materias de su obra. Su escepticismo se halla injertado sobre un temperamento constantemente al acecho. «Lo que queda de un filósofo es su temperamento... cuanto más impetuoso es, más arremeterá contra todo», escribe en *El aciago demiurgo*. Maestro de la paradoja, de la negación, de la denigración, «cortesano del vacío», según una expresión que podría ser suya, Cioran es una paradoja: un escéptico que no se ha desapegado de la vida y que ha sido siempre prisionero de su naturaleza. Esa dependencia es ya perceptible en sus primeros ensayos escritos en rumano. Resulta interesante hojear hoy, a la luz de su obra posterior el Cioran lejano de los años treinta.

Relacionando esos ensayos de juventud con su obra francesa, aclaran el camino que tomó tras su paso al francés con armas y bagajes, es decir tal como era *al final de la década de los treinta, lector apasionado de Kierkegaard y de Chestov, y más aún del Ecclesiastés y de Job, sus libros de cabecera*. En esos primeros libros descubrimos lo que Cioran ha conservado de sí mismo y aquello de lo que se ha desembarazado, y también cómo era entonces y el personaje en que se transformó tras su encuentro con la lengua francesa.

A los veintitrés años, cuando publica *Sobre las cimas de la desesperación* (Pe culmile disperarii, 1934), Cioran ya lo ha leído todo y ha definido el objeto de sus reflexiones: él solo enfrentado consigo mismo, con Dios y la Creación. Desde el comienzo volvió su lucidez casi monstruosa contra sí mismo: el «pensar contra uno mismo» y «el aficionado a los paroxismos» se hallan ya en ese primer libro. Sus primeros capítulos los titula de

manera reveladora: «No poder ya vivir», «El sentimiento del final», «Lo grotesco y la desesperación», «Presentimiento de la locura», «Melancolía», «Éxtasis», «Apocalipsis», «Monopolio del sufrimiento», «Ironía y antiironía», «Trivialidad de la transfiguración», etc.

*Todo está ya ahí; desde el sentimiento de lo irreparable y de lo irremediable, la inquietud, la angustia, el sentimiento de la nada, el elogio del silencio, hasta sus manías personales, sus insomnios, sus paseos nocturnos, su pereza, su pasión por la música, la obsesión del suicidio. El día que cumplió veintidós años escribió al final de uno de los capítulos de su primer libro: «Experimento una extraña sensación al pensar que a esta edad soy un especialista del problema de la muerte». Sobre las cimas de la desesperación trata el tema del exilio metafísico: «¿Sería para nosotros la existencia un exilio y la nada una patria?» -tema al que volverá cuarenta años más tarde en *Del inconveniente de haber nacido*: «Toda mi vida he vivido con el sentimiento de haber sido alejado de mi verdadero lugar. Si la expresión "exilio metafísico" no tuviera ningún sentido, mi existencia hubiera bastado para darle uno». Sobre las cimas... revela un Cioran que desea subrayar «los recursos líricos de la subjetividad» y para quien «el lirismo es una forma bárbara cuyo valor consiste en ser sólo sangre, sinceridad y llamas», un Cioran que detesta «las civilizaciones refinadas, anquilosadas en formas y marcos», y los hombres que se imponen actitudes hasta en la agonía. (Más tarde, en *La tentación de existir*, volverá a esa idea y a esa imagen en el retrato que hará de los franceses, caracterizados como un pueblo de comediantes, «grandes especialistas de la muerte».) En un ensayo revelador compara la desesperación enraizada en el ser con la duda, que es más cerebral, y escribe que los expertos en el Hombre acaban siendo escépticos. Repudiando el lirismo de su juventud, adoptando la duda y la sonrisa irónica del moralista, el Cioran que ha cambiado de lengua no abandonará sus obsesiones, sus manías, sus tics.*

Continuará obsesionado por la degradación del cuerpo, por la enfermedad y el sufrimiento que le hacían escribir en 1934: «*el problema del sufrimiento es infinitamente más importante que el del silogismo... una lágrima tiene siempre raíces más profundas que una sonrisa*». Y en el capítulo «Nada es importante», estas líneas, tan suyas: «*nunca he llorado, pues mis lágrimas se han transformado en pensamientos. Y esos pensamientos, ¿no son acaso tan amargos como las lágrimas?*» Veinte años más tarde, volverá a utilizar dos términos clave, «silogismo» y «amargo», para convertirlos en francés en un título que tendrá gran éxito: *Silogismos de la amargura* (1952).

Publicado en 1937, año en que llegó a París, *De lágrimas y de santos* (Lacrimi si Sfinti) estaba aún impregnado de ese «filosofar poéticamente» que propugnaba en *Sobre las cimas de la desesperación*. Hallamos en ese libro su pasión por los místicos, los santos y la música, temas de los que se acordará en el *Breviario de podredumbre*. (En rumano: «*Los únicos hombres que envidio son los confesores y los biógrafos de las santas, por no hablar de sus secretarios...*»). En francés: «*hubo un tiempo en que estimaba que ser el secretario de una santa constituía la carrera más alta reservada a un mortal...*». En ese su cuarto ensayo, lleno de efusiones, contradicciones e imprecaciones típicamente suyas, Cioran hacía una curiosa hipótesis: entreverá lo que él llamaba «*una hermenéutica de las lágrimas que intentará descubrir sus orígenes y todas sus interpretaciones posibles... siendo la finalidad de semejante hermenéutica el guiarnos en el espacio que separa el éxtasis de la maldición*».

*Hay en todo autor una imagen clave que responde a una obsesión profunda y reveladora. En la obra de Cioran es la imagen de las lágrimas y de su corolario, los llantos. Esta curiosa fascinación le perseguirá incluso cuando ya nada le vincule a aquella época, ni a los autores que «habrán encantado su juventud», y se piensa en primer lugar en Nietzsche. Convertido más tarde en «experto en decadencias», conservará nostalgias metafísicas violentas y la imagen de las lágrimas surgirá con motivo de una reflexión, ascendiendo a la superficie de la conciencia como una evocación constante. Más tarde, las lágrimas cristalizarán poco a poco, desembarazadas de las connotaciones de su juventud lírica. En *De lágrimas y de santos* prevee el día en que deplorará, en que se*

avergonzará de haber amado tanto a las santas y «la mística, esa sensualidad trascendente». Se alejará de ellas y de sus efusiones, pero el adiós al lirismo no borrará en él el pensamiento y la imagen que le obsesionan. «Se nos piden actos, pruebas, obras y todo lo que podemos producir son lágrimas transformadas» (*El aciago demiurgo*). «El destino terrestre nos ha encadenado a esta materia morosa, lágrima petrificada contra la cual nuestras lágrimas, nacidas del tiempo, se rompen, mientras que ella, inmemorial, ha caído del primer estremecimiento de Dios» (*Breviario de podredumbre*). «Deberíamos tirarnos al suelo y llorar cada vez que tenemos ganas; pero hemos desaprendido a llorar... deberíamos poseer la facultad de gritar un cuarto de hora al día por lo menos. Si queremos preservar un mínimo equilibrio, volvamos al grito... la rabia, que procede del fondo mismo de la vida, nos ayudará a ello». (Ibid.) «La música, sistema de adioses, evoca una física cuyo punto de partida no serían los átomos sino las lágrimas» (*Silogismos de la amargura*). «Signo de que se ha comprendido todo: llorar sin motivo» (*El aciago demiurgo*). «¡La mentira, fuente de lágrimas! Esa es la impostura del genio y el secreto del arte» (*Breviario de podredumbre*).

Entre el Cioran rumano que a los veintiséis años escribía en *De lágrimas y de santos*: «Imposible amar a Dios de otra manera que odiándolo. Quien no ha experimentado la emoción de lo absoluto con un puñal en la mano no sospecha lo que significa el terror metafísico de la conciencia», y el Cioran que escribe en *Del inconveniente de haber nacido*: «Desgarrado entre la violencia y el desengaño, me doy la impresión de ser un terrorista que saliendo de casa con la idea de perpetrar un atentado se hubiese detenido a medio camino para consultar el *Eclesiastés* o *Epícteto*», hay identidad y continuidad de tono. A pesar de su escepticismo, sigue siendo un negador ávido de algún catastrófico sí, un «místico que se resiste a serlo», un Job más o menos curado, pero que antes ha sido ese apestado evocado en *De lágrimas y de santos*: «Job, lamentaciones cósmicas y sauces llorones... llagas abiertas de la naturaleza y del alma... corazón humano, llaga abierta de Dios». Más tarde en *Silogismos de la amargura*, la idea se precisa y la imagen se condensa en francés: «todo pensador, al comienzo de su carrera, opta a pesar suyo por la dialéctica o los sauces llorones». Renunciando a la búsqueda de las cimas, Cioran ha optado, como lo indica el enunciado claro y brillante en francés, por la lucidez feroz, repudiando lo absoluto y los sauces llorones pero no sus caprichos y sus obsesiones, merodeando alrededor de sí mismo, de sus abismos y de sus ansiedades que oculta con una mezcla muy propia de humor, rabia y resignación, volviendo siempre a sus estados de ánimo personales. «¿Es culpa mía si no soy más que un advenedizo de la neurosis, un Job en busca de una lepra, un Buda de pacotilla, un escita vago y extraviado?» Escuchémosle definirse tomándose a sí mismo como objeto de su burla: «un fracasado del desierto», «un estilista sin columna», «un erudito sardónico», «un enterrador ligeramente metafísico», «un veleidoso del nirvana», «un hastiado por decreto divino», «un delirante loco de objetividad»...

Cioran se complace en un autorretrato de extranjero, en el cual reconocemos a un personaje familiar, real o imaginario, fascinado por el ocio («cuando se ha frecuentado regiones donde el ocio era de rigor...»), por el fatalismo erigido en camino («he mimado tanto la idea de fatalidad...») y por el tedio, un hombre que ha «heredado del patrimonio de su tribu... la incapacidad de ilusionarse», un «especialista del estragamiento», atraído por los abúlicos, los veleidosos, obsesionado por los fracasados (ver «la efigie de un fracasado» en *Breviario de podredumbre*), y por los tarados -los adjetivos «tarado», «fracasado», «aterrado», «inaudito», «incalificable», expresiones como «nuestros estupores cotidianos», se hallan con frecuencia en su obra, como los colores sombríos o chillones de la paleta de un pintor. El sarcasmo cioranesco, con frecuencia dirigido contra sus propias tentaciones, esconde una forma de irrisión sutil, desarrollo de la irrisión balcánico-latina que en rumano se denomina *zeflemea*. Sus «rabias y resignaciones» son el eco de un espíritu de polémica y de renunciación, dos rasgos que para Mircea Vulcanescu, en un ensayo célebre sobre *La dimensión rumana de la existencia* (1944), constituían una de las claves del espíritu rumano. Señalemos que ese ensayo estaba

dedicado a su amigo E. M. Cioran. El espíritu rumano, decía Vulcanescu, tras haber atacado con virulencia y aniquilado al adversario (hombre, Historia, palabras), se resigna, cayendo en un fatalismo que le es propio.

Cuando Cioran escribe: «*habría que volver a encontrar el sentido del destino, el gusto por la lamentación, restablecer las plañideras en los funerales*», o cuando dice «*no tener gusto más que por el himno, la blasfemia y la epilepsia*», creemos oír detrás del brillo del estilo y la gesticulación demostrativa, una tonalidad subyacente, una lejana lamentación disfrazada de irrisión que toma del francés un sabor y un encanto extraños. Esas fórmulas donde las lágrimas a la manera oriental se encuentran con el espíritu seco del francés, frases como: «*harto de extraviarme en los funerales de mis deseos*», hacen oír en estado puro el sonido o el tono cioranescos. Más tarde, el aforismo dominará por su brevedad moderando, aunque nunca borrando, el eco de ese continuo lamentoso. «*Apostemos por la catástrofe, más conforme con nuestro carácter y nuestros gustos*», escribe en el más puro estilo seco y breve de los moralistas franceses, resumiendo así en *Desgarradura* lo que siempre ha sido el fondo de su actitud.

Por otra parte, desde la «Carta a un amigo lejano», (*Historia y utopía*), donde se define explícitamente como procedente de otro lugar («*Siento cómo Asia se mueve en mis venas... me considero en medio de los civilizados como un intruso, como un troglodita enamorado de la caducidad*, sumergido en plegarias subversivas, víctima de un pánico que no emana de una visión del mundo sino de las crispaciones de la carne y de las tinieblas de la sangre»), Cioran no ha cesado de proclamar sus orígenes y de renegar a la vez de ellos. «*Sólo he experimentado una sensación de verdad, un estremecimiento de ser, en contacto con los analfabetos; algunos pastores de los Cárpatos me han causado una impresión mucho más fuerte que los profesores alemanes o los estetas de París*». O bien: «*¿Cómo dominarse, cómo ser dueño de sí mismo cuando se procede de una región en la que se ruge en los entierros?*».

Uno de los rasgos característicos de Cioran es que ha sabido tomar consigo mismo la distancia necesaria para la creación literaria, preservando a la vez y trasvasándolo al francés, algo del espíritu del «pensador visceral» que fue en sus ensayos rumanos. «Frente al hombre abstracto, que piensa por el placer de pensar, se alza el hombre visceral, el pensador determinado por un desequilibrio vital que se sitúa más allá de la ciencia y del arte. Me gustan los pensamientos que conservan un aroma de sangre y de carne. Los hombres no han comprendido aún que la época de las preocupaciones superficiales e inteligentes se ha acabado y que el problema del sufrimiento es infinitamente más revelador que el del silogismo, un grito de desesperación infinitamente más significativo que una observación sutil... ¿Por qué nos negamos a admitir el valor exclusivo de las verdades vivas?» (*Sobre las cimas de la desesperación*).

La lengua francesa ha convertido a Cioran en lo que es mediante un efecto de frenado y de control impuesto a sus excesos, a sus violencias y a sus explosiones. Resulta interesante observar que la lengua en la que ha escrito sus libros rumanos es la lengua desordenada de un joven intelectual balcánico de antes de la guerra. La forma, las fórmulas, secreto del estilo de Cioran en versión occidental, son un don francés a ese «Job civilizado en la escuela de los moralistas».

*Sanda Stolojan*

## **DE LAGRIMAS Y DE SANTOS**

No es el conocimiento lo que nos acerca a los santos, sino el despertar de las lágrimas que duermen en lo más profundo de nosotros mismos. Entonces únicamente, a través de ellas, tenemos acceso al conocimiento y comprendemos cómo se puede llegar a ser santo después de haber sido hombre.

El mundo se engendra en el delirio, fuera del cual todo es quimera.

*...¿Cómo no sentirse cercano a Santa Teresa, quien, tras habérsele aparecido Jesús un día, salió de su celda corriendo y se puso a bailar en medio del convento, en un arrebato frenético, batiendo el tambor para llamar a sus hermanas a fin de que compartieran su alegría?*

A los seis años leía las vidas de los mártires gritando: «¡Eternidad! ¡Eternidad!». Decidió entonces ir a convertir a los moros, deseo que no pudo realizar, a pesar de lo cual su ardor siguió creciendo hasta el punto de que el fuego de su alma no se ha apagado jamás, puesto que nosotros nos calentamos en él todavía.

*Por el beso culpable de una santa, aceptaría yo la peste como una bendición.*

*¿Seré un día lo suficientemente puro para reflejarme en las lágrimas de los santos?*

*Resulta extraño pensar que varios santos hayan podido vivir en la misma época. Intento imaginarlos juntos, pero carezco de fervor y de imaginación. ¡Teresa de Ávila, a los cincuenta y dos años, célebre y admirada, encontrando en Medina del Campo a un San Juan de la Cruz de veinticinco años, desconocido y apasionado...! La mística española es un momento divino de la historia humana.*

*¿Quién podría escribir el diálogo de los santos? Un Shakespeare aquejado de inocencia o un Dostoievski exiliado en una Siberia celeste. Toda mi vida merodearé en las inmediaciones de los santos...*

Hubo una época en que los hombres podían dirigirse en cualquier momento a un Dios acogedor que enterraba en su Nada los suspiros humanos. Hoy nos hallamos desconsolados por no tener a quién confesar nuestros tormentos. ¿Cómo dudar de que antaño este mundo haya estado en Dios? La Historia se divide en un antaño en el que los hombres se sentían atraídos por el vacío vibrante de la Divinidad y un hoy en el que la nimiedad del mundo carece de aliento divino.

*La música me ha dado demasiada audacia frente a Dios. Eso es lo que me aleja de los místicos orientales...*

*En el Juicio Final sólo se pesarán las lágrimas.*

Los ojos no ven nada. Catherine Emmerich tiene razón cuando dice que ve *con el corazón*. Puesto que el corazón es la vista de los santos, ¿cómo no verían más que nosotros? El ojo tiene un campo reducido, ve siempre desde el exterior. Pero, siendo el mundo interior al corazón, la introspección es el único método que existe para alcanzar el conocimiento. ¿El campo visual del corazón? El Mundo, más Dios, más la nada. Es decir, *todo*.

*Frecuentar a los santos es como hacerlo con la música o las bibliotecas. Dessexualizados, ponemos nuestros instintos al servicio de otro mundo. En la medida en que resistimos a la santidad, demostramos que nuestros instintos están sanos.*

*El reino de los cielos invade poco a poco los vacíos de nuestra vitalidad. El objetivo del imperialismo celeste es el cero vital.*

Cuando la vida pierde su dirección natural, busca otra. Así se explica que el azul del cielo haya sido durante tanto tiempo el *lugar* del supremo vagabundeo...

*Añadamos que el hombre no puede vivir sin apoyo en el espacio; ese género de apoyo la música nos lo niega totalmente. Arte del consuelo por excelencia, ella abre en nosotros sin embargo más heridas que todas las demás.*

*La música es una tumba de deleites, una beatitud que nos amortaja...*

*«No puedo diferenciar las lágrimas de la música» (Nietzsche). Quien no comprende esto instantáneamente, no ha vivido nunca en la intimidad de la música. Toda verdadera música procede del llanto, puesto que ha nacido de la nostalgia del paraíso.*

*Hasta el comienzo del siglo XVIII abundaban los «tratados de perfección». Quienes se habían detenido en el camino de la santidad se consolaban escribiéndolos, hasta el punto de que durante siglos la perfección fue la obsesión de los santos fracasados. Los otros, los santos que lograron serlo, no se preocupaban ya de ella, puesto que la poseían.*

Más recientemente, la perfección ha sido considerada con gran desconfianza y con un evidente matiz de desprecio. Optando por la tragedia, el hombre moderno tenía necesariamente que superar la nostalgia del paraíso y dispensarse del deseo de perfección.

Otras épocas, sometidas al terror y a las delicias cristianas, produjeron santos de los que se estaba orgulloso. Hoy, de lo más que somos capaces es de *apreciarlos*. Cada vez que creemos amarlos, no se trata más que de una debilidad nuestra que durante cierto tiempo nos los vuelve más cercanos.

Cuando el comienzo de una vida ha estado dominado por el sentimiento de la muerte, el paso del tiempo acaba pareciéndose a un retroceso hacia el nacimiento, a una reconquista de las etapas de la existencia. Morir, vivir, sufrir y nacer serían los momentos de esa involución. ¿O es otra vida lo que nace de las ruinas de la muerte? Una necesidad de amar, de sufrir y de resucitar sucede así al óbito. Para que exista otra vida, se necesita morir antes. Se comprende por qué las transfiguraciones son tan raras.

*Después de todo, podríamos habernos dispensado de la obsesión de la santidad. Cada uno de nosotros se hubiera dedicado a sus ocupaciones, soportando alegremente sus imperfecciones. La frecuentación de los santos engendra un tormento estéril, su compañía es un veneno cuya virulencia crece a medida que aumenta nuestra soledad. ¿No nos han corrompido acaso mostrándonos mediante el ejemplo que los infortunios tenían una finalidad? Nosotros estábamos acostumbrados a sufrir sin objetivo, fascinados por la inutilidad de nuestros dolores, felices de contemplarnos en nuestras propias heridas.*

La muerte sólo tiene sentido para quienes han amado apasionadamente la vida. ¡Morir sin dejar aquí nada...! El desapego es una negación tanto de la vida como de la muerte. Quien ha superado el miedo de morir, ha triunfado también sobre la vida, la cual no es más que el otro nombre de ese miedo.

No expirando en la cama, los mendigos no mueren, por así decirlo. Sólo se muere horizontalmente, durante esa preparación en la que el vivo supura la muerte. Cuando nada nos une a un lugar, ¿qué nostalgias podríamos tener en los últimos instantes? *¿Habrán escogido los mendigos su destino para no tener nostalgias que les torturen en la agonía? Errantes en la vida, continúan siendo vagabundos en la muerte.*

*Durante el tiempo en que trabajó en el Mesías, Händel se sintió transportado al cielo. Según sus propias palabras, sólo descendió a tierra al terminar su obra. Sin embargo, comparado con Bach, Händel es de aquí abajo. Lo que en el primero es divino es heroico en el segundo. La amplitud terrestre es la nota dominante händeliana: una transfiguración desde fuera.*

Bach une la visión de un Grünewald a la interioridad de un Holbein; Händel, la solidez y los contornos de Durero a la audacia visionaria de Baldung-Grien.

Imposible hacerse una idea precisa sobre los santos. Representan un absoluto al cual es preferible no apegarse, pero que tampoco conviene rechazar. Cualquier actitud nos

condena. Tomando partido por los santos, estamos perdidos, sublevándonos contra ellos nos enemistamos con lo absoluto. Si no hubieran existido, ¡cuánto más libres habríamos sido! ¡Cuántas dudas menos hubiésemos tenido! ¿Qué ha podido ponerlos en medio de nuestro camino? Sería inútil querer olvidar el Sufrimiento.

El órgano expresa el estremecimiento interior de Dios. Comulgando con sus vibraciones nos autodivinizamos, nos desvanecemos *en El*.

Job, lamentaciones cósmicas y sauces llorones... Llagas abiertas de la naturaleza y del alma... Y el corazón humano - llaga abierta de Dios.

*Toda forma de éxtasis suplanta a la sexualidad, la cual no tendría ningún sentido sin la mediocridad de las criaturas. Pero como éstas apenas poseen otro medio de evadirse de ellas mismas, la sexualidad las salva provisionalmente. Dicho acto excede a su significación elemental -es un triunfo sobre la animalidad, dado que la sexualidad, fisiológicamente hablando, es la única puerta que se abre sobre el cielo.*

*¡Levantar bajo la amenaza del látigo bloques de piedra, pero verlos entrar en la eternidad y sentir nacer el vacío alrededor de las pirámides mediante la deserción del tiempo...! El último esclavo estaba más cerca de la eternidad que cualquier filósofo occidental. Los egipcios vivían en el éxtasis del sol y de la muerte. Para nosotros, el cielo se ha convertido en una lápida fúnebre. El mundo moderno ha sucumbido a la seducción de las cosas acabadas.*

¿Lograré un día no citar más que a Dios? Ni los hombres, ni siquiera los santos, tienen nombre. Sólo Dios lo posee. Pero, *¿qué sabemos nosotros de El, sino que es una desesperación que comienza donde acaban todas las demás?*

*Únicamente el paraíso o el mar podrían dispensarme del recurso a la música.*

Las tristezas producen en el alma una sombra de claustro. Comenzamos entonces a *comprender* a los santos... Por mucho que ellos quieran acompañarnos hasta el límite de nuestra pesadumbre, no lo logran, y nos abandonan en pleno camino, justo en medio de las amarguras y los arrepentimientos.

Las enfermedades han acercado el cielo y la tierra. Sin ellas se hubieran ignorado mutuamente. La necesidad de consuelo ha superado a la enfermedad, y en la intersección del cielo con la tierra ha dado origen a la santidad.

&&

Hay hombres que han logrado imprimir una especie de elegancia a su muerte. Para ellos morir fue una cuestión de *estilo*. Pero la muerte es materia y terror. No se puede morir con distinción sin soslayarla.

Cada vez que pienso en el miedo enorme que tenía Tolstoi a la muerte, comienzo a comprender el presentimiento del final en los elefantes.

El límite de cada dolor es un dolor aún mayor.

Los hombres sólo se reconciliaron con la muerte para evitar *el miedo* que ella les inspira; sin embargo, sin ese miedo morir no tiene el mínimo interés. Pues la muerte existe únicamente en él y a través de él. La sabiduría nacida del *acuerdo* con la muerte es, frente a las postrimerías, la actitud más superficial que existe. El propio Montaigne fue infectado por ella, sin lo cual sería incomprensible que haya podido vanagloriarse de aceptar lo inevitable.

Quien ha superado el miedo puede creerse inmortal; quien no lo conoce, *lo es*. Es probable que en el paraíso las criaturas desaparezcan también, pero no conociendo el miedo de morir, no morirían, en suma, nunca. El miedo es una muerte de cada instante.

La muerte objetiva, exterior, para un Rilke, no significaba nada. Para Novalis tampoco. Pero después de todo, ¿existe algún poeta que haya muerto una sola vez?

Soy como un Anteo de la desesperación. La mía aumenta tras cada contacto con la tierra. ¡Ah, si pudiera dormirme en Dios a fin de morir para mí mismo!  
El único olvido verdadero es el sueño en la Divinidad.

Señor, ¿no eres tú más que un error del corazón, como el mundo es un error del espíritu?

Sólo creemos en Dios para evitar el torturador monólogo de la soledad. ¿A quién, si no, dirigirse? Al parecer, El acepta de buena gana el diálogo y no nos guarda rencor por haberle escogido como pretexto teatral de nuestros abatimientos.

Me apegué a las apariencias cuando comprendí que sólo había algo absoluto en la renuncia.

Habiendo agotado el contenido de la eternidad, la Edad Media nos da derecho a amar las cosas pasajeras.

El cristianismo entero no es más que una crisis de lágrimas, de la que sólo nos queda un regusto amargo.

Hacia el final de la Edad Media abundaban los escritos anónimos titulados «El arte de morir», cuyo éxito era extraordinario. Semejante tema, ¿puede aún conmover a alguien hoy?

Nadie prepara ya su muerte, nadie la cultiva, de ahí que se escabulla en el mismo momento en que nos arrebatara.

Los antiguos sabían morir. Elevarse por encima de la muerte fue el ideal constante de su sabiduría. Para nosotros, la muerte es una *sorpres*a horrible.

La Edad Media conoció el sentimiento de la muerte con una intensidad única. Pero supo, con un arte especial, incorporarlo al tejido íntimo del ser. Nadie intentaba hacer trampas con ella. Lo que nosotros, por nuestra parte, quisiéramos, es morir sin el rodeo de la muerte.

La conciencia apareció gracias a los instantes de libertad y de pereza. Cuando estás acostado con los ojos fijos en el cielo o en un punto cualquiera, entre el mundo y tú se origina un vacío sin el cual la conciencia no existiría. La inmovilidad horizontal es la condición indispensable de la meditación. Ciertamente es que en esa postura apenas se conciben pensamientos alegres. Pero la meditación es la expresión de una no-participación y como tal de una *no-tolerancia*, de un rechazo del ser.

Dios ha explotado todos nuestros complejos de inferioridad, empezando por el que nos impide creernos dioses.

Cuando hemos aniquilado el mundo y nos quedamos solos, orgullosos de nuestra hazaña, Dios, rival de la Nada, aparece como una última tentación.

Que la especie humana haya resistido sin corromperse a las profundidades del cristianismo me parece ser la única prueba de su vocación metafísica. Pero hoy el hombre no soporta ya el terror de las postrimerías. El cristianismo ha legalizado sus angustias y lo



ha mantenido en tensión. Sólo un descanso de algunos milenios podría remozar a ese ser devastado por tantos cielos.

Con el Renacimiento comienza el eclipse de la resignación. De ahí la aureola trágica del hombre moderno. Los antiguos aceptaban su destino. Ningún moderno se ha rebajado a esa concesión. El desprecio del destino nos es igualmente ajeno, dado que carecemos demasiado de sabiduría para no amarlo con una pasión dolorosa.

La caída de Adán es el único acontecimiento histórico del paraíso.

Preocuparse por la santidad: combatir la enfermedad con la enfermedad.

¿Poseeré la suficiente música dentro de mí como para no desaparecer jamás? Hay adagios tras los que no puede uno ya pudrirse.

Únicamente los éxtasis sonoros me producen una sensación de inmortalidad. Hay días intemporales en los que somos víctimas de reminiscencias de no se sabe qué más allá... Afligirse a causa del tiempo es entonces inconcebible.

El vino ha hecho más por acercar los hombres a Dios que la teología. Hace tiempo que los borrachos tristes -¿y los hay que no lo sean?- han superado a los eremitas.

Llega un momento en que relacionamos todo con Dios. Pero sucede también que nos asustamos ante la idea de que deje un día de ser actual. Esa provisionalidad del principio último -idea absurda en sí, pero presente en la conciencia -nos llena de una inquietud extraña. ¿Dios sería únicamente una pasión fugitiva, una *moda* del espíritu?

Hay quien se pregunta aún si la vida tiene o no un sentido. Lo cual equivale a preguntarse si es o no *soportable*. Ahí acaban los problemas y comienzan las *resoluciones*.

La ventaja de pensar en Dios es poder decir sobre El cualquier cosa. Cuanto menos unimos unas ideas con otras, más posibilidades tenemos de acercarnos a la verdad. Dios se aprovecha, en suma, de las periferias de la lógica.

Shakespeare y Dostoievski hacen que persista en nosotros la nostalgia de no ser santos o criminales. Esas dos maneras de autodestruirse...

¿Por qué los santos escriben tan bien? ¿Es únicamente porque están inspirados? Lo cierto es que poseen un estilo particular cada vez que *describen* a Dios. Les resulta fácil escribir estando como están a la escucha de los susurros divinos. Sus obras poseen una sencillez sobrehumana, pero como en ellas no tratan del mundo, no pueden considerarse escritores. No les reconocemos como tales pues no nos hallamos en ellos.

Poseemos en nosotros mismos toda la música: yace en las capas profundas del recuerdo. Todo lo que es musical es una cuestión de reminiscencia. En la época en que no teníamos *nombre* debimos haberlo oído todo.

La *aridez del corazón* es una expresión que repiten sin cesar los santos cuando evocan sus crisis. Es entonces cuando imploran la gracia como una liberación y la invocación del amor se convierte en obsesión. ¿Pero su corazón está árido únicamente por falta de amor? Se confunden cuando atribuyen a esa carencia su desierto interior. Si supieran que pagan con esa aridez los instantes vibrantes del éxtasis, ¿qué cobardes serían entonces ante Dios, cómo evitarían encontrarlo! No veo más que ruinas alrededor del éxtasis, pues

mientras nos hallamos en El, nos hallamos fuera de nosotros mismos, y nuestro ser no es más que la ruina de un recuerdo inmemorial.

Todo ha existido ya. La vida me parece una ondulación sin sustancia. Las cosas no se repiten nunca, pero se diría que vivimos en los reflejos de un mundo pasado, cuyos ecos tardíos prolongamos nosotros. La memoria no sólo es un argumento contra el tiempo, la memoria actúa contra *este mundo*, revelándonos confusamente los mundos probables del pasado y el paraíso, su culminación.

Retroceder en la memoria nos convierte en metafísicos; volver a nuestros orígenes, en santos.

El gran mérito de Nietzsche fue haber sabido defenderse *a tiempo* contra la santidad. ¿Qué habría sido de él si hubiera dado rienda suelta a sus inclinaciones naturales? - Un Pascal con todas las locuras de los santos.

Creer en la filosofía es un signo de buena salud. Lo que no lo es, es ponerse a *pensar*.

Nuestra ausencia de orgullo compromete a la muerte. Ha sido probablemente el cristianismo lo que nos ha enseñado a cerrar los ojos -a *bajar* la mirada- para que la muerte nos halle sosegados y sumisos. Dos mil años de educación nos han acostumbrado a una muerte sensata y comedida. ¡Morimos postrados, atraídos *hacia abajo*, nos extinguimos escondidos por nuestros párpados, en lugar de morir con los músculos tensos como un corredor que espera la señal dispuesto a desafiar al espacio y a vencer a la muerte en pleno orgullo e ilusión de su fuerza! Sueño con frecuencia con una muerte indiscreta, cómplice de las vastedades...

Durante las noches que pasamos en vela, remontando el curso del tiempo, revivimos terrores y alegrías ancestrales, acontecimientos anteriores a nuestra historia y a nuestros recuerdos. Los insomnios operan un retorno a los orígenes y nos transportan al comienzo de los seres, nos expulsan fuera de lo temporal y nos obligan a escuchar nuestros últimos recuerdos, que son también los primeros. En esta disolución musical gastamos nuestros antecedentes, agotamos nuestro pasado. ¿No experimentamos entonces el sentimiento de que hemos muerto llevándonos al tiempo con nosotros?

Cuanto más totalmente desaparece el tiempo de nuestra memoria, más cercanos nos hallamos de la mística.

La memoria se adhiere tanto mejor a las apariencias, a lo inmediato, cuanto más fresca y sana se halla. Su arqueología nos descubre documentos sobre otro mundo a costa de *éste*.

Cuando pienso en mis noches, en tantas soledades y tantos suplicios en esas soledades, sueño con partir, abandonando los caminos trillados. Pero, ¿a dónde ir? Hay fuera de nosotros abismos comparables a los del alma.

Yo he debido vivir otras vidas. ¿Cómo si no explicar tanto espanto? Las existencias anteriores son la única justificación del terror. Sólo los orientales han comprendido algo sobre el *alma*. Ellos nos han precedido y nos sobrevivirán. ¿Por qué nosotros, modernos, hemos suprimido nuestras peregrinaciones? *Expiamos* en una sola vida el devenir infinito.

Comparado con Aristóteles, un santo es un analfabeto. ¿Por qué, entonces, nos parece que podríamos *aprender* más de este último? La filosofía *carece de respuestas*. Frente a ella, la santidad es una *ciencia exacta*, dado que aporta respuestas positivas y precisas a las interrogaciones a las cuales los filósofos no han tenido el coraje de elevarse. La santidad tiene un *método*: el dolor, y un fin: Dios. Como no es ni práctica ni cómoda, los hombres la han relegado al ámbito de lo fantástico y la adoran a distancia. Conservan a

su lado a la filosofía para poder despreciarla, con lo cual los mortales demuestran que son inteligentes. Pues todo lo que de vivo tiene la filosofía se reduce a préstamos de la religión.

Los filósofos tienen la sangre *fría*. Sólo existe calor en las inmediaciones de Dios. A causa de todo lo que posee de siberiana, nuestra naturaleza exige santos.

Nada más fácil que desembarazarse de la herencia filosófica, pues las raíces de la filosofía se detienen en nuestras incertidumbres, mientras que las de la santidad superan en profundidad al sufrimiento mismo. El coraje supremo de la filosofía es el *escepticismo*. Más allá de él, no reconoce más que el caos.

Un filósofo sólo puede evitar la mediocridad mediante el escepticismo o la mística, esas dos formas de la desesperación frente al *conocimiento*. La mística es una evasión fuera del conocimiento, el escepticismo un conocimiento sin esperanza. Dos maneras de decir que el mundo no es una *solución*.

En adelante, nuestro sufrimiento no podrá ser más que vano o satánico. Un poema de Baudelaire nos resulta más cercano que los excesos sublimes de los santos. Abandonándonos a la ebriedad de la desolación, ¿cómo podríamos interesarnos por la escala de las perfecciones a la que se llega mediante el ascetismo? El hombre moderno se halla en los antípodas de los santos, pero no a causa de su frivolidad, sino de su desvergüenza trágica y de su sed de decepciones eternamente renovadas. Ser incapaz de resistirse a sí mismo: a eso conduce la ausencia de educación en la elección de nuestras tristezas. Si Dios puede revelarse a nosotros a través de *sensaciones*, tanto mejor: evitaremos así la disciplina inhumana de la *revelación*. Los santos son irremediamente inactuales y, si alguien se interesa aún por ellos, es únicamente por desprecio del devenir.

De los filósofos, sólo nos intrigan aquellos que, exasperados por los sistemas, se pusieron a buscar la felicidad. Así nacen las filosofías crepusculares, más consoladoras que las religiones, pues nos liberan de todas las prohibiciones. Una dulce lasitud emana de ellas; parecen un edén de incertidumbres, más que necesarias tras la frecuentación insalubre de los santos.

El escepticismo es la estupefacción ante el vacío de los problemas y de las cosas. Sólo los antiguos han sido verdaderos escépticos. Sus dudas, impregnadas de una indulgencia otoñal y de una felicidad desengañada, tenían estilo, como todas las cosas delicadas en su ocaso.

El único mérito de los filósofos es haberse ruborizado, *de vez en cuando*, de ser hombres. Platón y Nietzsche son una excepción: su vergüenza no cesó *jamás*. El primero intentó arrancarnos del mundo, el segundo hacernos salir de nosotros mismos. Ambos podrían dar una lección a los santos. El honor de la filosofía queda así salvado.

Si Dios creó el mundo, fue por temor de la soledad; ésa es la única explicación de la Creación. Nuestra razón de ser, la de sus criaturas, consiste únicamente en *distraer* al Creador. Pobres bufones, olvidamos que vivimos dramas para divertir a un espectador cuyos aplausos todavía nadie ha oído sobre la tierra... Y si Dios ha inventado a los santos -como pretexto de diálogo- ha sido para aliviar aún más el peso de su aislamiento.

Por lo que a mí respecta, mi dignidad exige que Le oponga otras soledades, sin las cuales yo sólo sería un payaso más.

Hay seres de los que El no puede ocuparse sin perder su inocencia.

Nuestra dicha estriba en haber descubierto el infierno en nosotros mismos. ¿Adónde nos hubiera llevado su representación exterior? Dos mil años de terror nos hubieran

conducido al callejón sin salida o al suicidio. Cuando se lee la descripción del Juicio Final que hace Santa Hildegard, se aborrecen todos los paraísos y todos los infiernos y se congratula uno de su transposición subjetiva. Lo que nos salva es la *psicología*, esa prueba de nuestra frivolidad. Para nosotros el mundo no es sino un accidente, un error, un desliz del yo.

La mejor prueba de que la música no es de esencia humana es que nunca sugiere la representación del infierno. Ni siquiera las marchas fúnebres lo logran. El infierno es presente, actualidad; lo cual significa que conservamos solamente la memoria del paraíso. Si hubiéramos conocido el infierno en nuestro pasado inmemorial, ¿no estaríamos suspirando a causa del recuerdo del infierno *perdido*?

Comenzamos a saber lo que es la soledad cuando oímos el silencio de las cosas. Comprendemos entonces el secreto sepultado en la piedra y despertado en la planta, el ritmo oculto o visible de la naturaleza entera. El misterio de la soledad reside en el hecho de que para ella no existen criaturas inanimadas. Cada Objeto posee su lenguaje propio que desciframos gracias a silencios inigualables.

Cada vez que el tiempo es abolido y que la conciencia se agota en la percepción del espacio, somos víctimas de una disposición eleática. Entonces, en esa petrificación universal, los recuerdos se anulan en un instante infinito. Hasta tal punto el espacio nos posee, que miramos el mundo y todo para nosotros no es más que espera inútil y sin fin. Aspiramos entonces a otras petrificaciones, pues las tentaciones del espacio despiertan trémulos deseos de torpor.

Dios se instala en los vacíos del alma. Se le van los ojos tras los desiertos interiores, pues al igual que la enfermedad, se arrellana en los puntos de menor resistencia. Una criatura armoniosa no puede creer en El. Fueron los enfermos y los pobres quienes le dieron a conocer, para uso de atormentados y desesperados.

Hay momentos en que, sintiendo bullir en mí un odio asesino por todos los «agentes» del otro mundo, les infligiría suplicios inauditos. ¿Qué convicción es esta que me dice que si viviera entre los santos me armaría de un puñal? ¿Por qué no confesar que una masacre de ángeles me colmaría? A todos esos fanáticos de la deserción les colgaría de la lengua y les dejaría caer sobre un lecho de lis. ¿Es posible que no tengamos la prudencia elemental de cortar inmediatamente de raíz toda vocación sobrenatural? ¿Cómo no detestar a toda esa ralea del paraíso que provoca y alimenta esta sed mórbida de sombras y de luces procedentes de otro lugar, de consolaciones y tentaciones transcendentales?

Las lágrimas son el criterio de la verdad en el mundo de los sentimientos. Las lágrimas y no los llantos. Existe una disposición para las lágrimas que se expresa mediante una avalancha *interior* Hay *iniciados* en materia de lágrimas que nunca han llorado *realmente*.

Quien no ha frecuentado nunca a los poetas ignora lo que es la irresponsabilidad y el desorden del espíritu. Cuando se les trata, se experimenta el sentimiento de que todo está permitido. No teniendo que dar cuentas de nada a *nadie* (salvo a sí mismos), no van -ni desean ir- a ninguna parte. Comprenderlos es una gran maldición, pues nos enseñan a no tener ya nada que perder. Los santos, dirigiéndose a alguien, en su caso a Dios, limitan fatalmente su genio poético. Lo indefinido de la poesía son precisamente los estremecimientos sagrados sin Dios. Si los santos hubieran sabido lo que su lirismo perdía con la intrusión de la Divinidad, habrían renunciado a la santidad y se habrían convertido en poetas. La santidad no conoce más que la *libertad en Dios*. Pero los mortales sólo se dejan poseer por el desenfreno poético.

Si la verdad no fuera tan aburrida, la ciencia habría eliminado rápidamente a Dios. Pero al igual que los santos, Dios es una ocasión de escapar a la abrumadora trivialidad de lo verdadero.

Lo que me interesa en la santidad, quizá sea el delirio de grandeza que esconde detrás de sus delicadezas, los apetitos inmensos disfrazados de humildad, la insatisfacción que oculta su caridad. Pues los santos han sabido explotar sus debilidades con una ciencia propiamente sobrenatural. Sin embargo, su megalomanía es indefinible, extraña, turbadora. ¿De dónde proviene, a pesar de todo, nuestra compasión inconfesable por ellos? *Creer* en ellos apenas es ya posible. *Admiramos sus ilusiones*, simplemente. De ahí esa compasión...

¿No habría aún suficiente sufrimiento en este mundo? Se diría que *no*, a juzgar por la complacencia de los santos, expertos en el arte de la auto-flagelación. No existe santidad sin voluptuosidad del sufrimiento y sin un refinamiento sospechoso. La santidad es una perversión inigualable, un vicio del cielo.

Esta plenitud de lo efímero... Es imperdonable que los santos no hayan derramado una sola lágrima en señal de reconocimiento hacia las cosas perecederas.

Cuando me domina una intensa pasión por la tierra, por todo lo que nace y muere, cuando lo frágil me fascina, me disimulo a mi mismo mi odio a Dios, y si soy indulgente con El es a causa de un inmemorial reflejo de cobardía. Sin ese presentimiento de la noche que es Dios, la vida sería un crepúsculo cautivador.

Cada vez que pienso en esas ásperas soledades en las que se perfilan monasterios sobre un fondo gris, intento comprender los momentos sombríos de la piedad, el aburrimiento a la sombra del velo. La pasión de la soledad que engendra «el absoluto monacal», esa sed devoradora de Dios, crece con la desolación del ambiente. Veo miradas romperse a lo largo de las paredes, corazones a los que nada tienta, tristezas privadas de música. La desesperación nacida entre un desierto y un cielo igualmente implacables ha conducido a la exacerbación de la santidad. La «aridez de la conciencia» de la que se quejan los santos es el equivalente psíquico del desierto exterior. *Todo es nada*: ésa es la revelación inicial de los conventos. Así comienza la mística. Entre la nada y Dios no hay ni siquiera un paso, pues Dios es la expresión positiva de la nada.

Quien no haya sentido lo que significa el enrarecimiento del aire en un convento y la evacuación del tiempo en una celda, intentará en vano comprender la llamada de la soledad, el gusto por la desesperación. Pienso especialmente en los conventos españoles, en los que tantos reyes y santos alojaron su melancolía y su locura. El mérito de España ha consistido no sólo en haber cultivado lo excesivo y lo insensato, sino también en haber demostrado que el vértigo es el clima normal del hombre. ¿Hay algo más natural que la presencia de los místicos en ese pueblo que ha suprimido la distancia entre el cielo y la tierra?

Debemos pensar en Dios noche y día para desgastarlo, para «trivializarlo». Sólo lo lograremos provocándole sin cesar, hasta que nos hartemos de El y llegue a sernos indiferente. La insistencia con la que se instala en nuestro espacio interior acaba resultándole fatal.

La novedad del cristianismo: lo siniestro ha vencido a lo sublime en esta religión de crepúsculos incendiarios.

Otras religiones han concebido la felicidad de una lenta extinción; el cristianismo ha hecho de la muerte una semilla. ¿Qué remedio imaginar contra esa muerte germinativa, contra la *vida* de esa muerte?

La perfección sin fallos de un San Francisco de Asís lo convierte en un extranjero para mí. No le encuentro ningún punto débil que me permita acercarme a él y comprenderlo. Su perfección es difícilmente perdonable. Creo sin embargo haberle encontrado una excusa. Cuando al final de su vida se quedó casi ciego, los médicos imputaron su mal a una sola causa: el exceso de lágrimas.

La santidad es la superación del estado de criatura. El deseo de ser *en* Dios no concuerda con la existencia *al lado* o *debajo* de El que define nuestra caída.

...Y si yo no puedo vivir, al menos quisiera morir en Dios. O si no, combinar las dos cosas: *enterrarme* vivo en El.

Cuando se agota en nosotros un motivo musical, el vacío que se instaura en su lugar es ilimitado. Nada más propio para revelarnos la divinidad en las fronteras de la expansión sonora que la multiplicación interior -mediante el recuerdo- de una fuga de Bach. Cuando evocamos un motivo y su fiebre ascensional, acabamos precipitándonos directamente en lo divino. La música es la emanación final del universo, como Dios es la emanación última de la música.

Soy como un mar que retira sus aguas para hacer sitio a Dios. El imperialismo divino supone el reflujo del hombre.

Abrumado por la soledad de la materia, El ha llorado los océanos y los mares. De ahí la llamada misteriosa de las inmensidades marinas y la tentación de una inmersión definitiva, como rodeo hacia El...

Aquel cuya emoción en las inmediaciones de los cielos y de los mares no haya rozado las lágrimas, no ha frecuentado los turbios parajes de la divinidad, en los que la soledad es tal que atrae a otras mayores aún.

Sin Dios todo es noche y con El hasta la luz se vuelve inútil.

Desprecio al cristiano porque es capaz de amar a sus semejantes *de cerca*. Para volver a descubrir al hombre yo necesitaría el Sahara.

Dado que no existe solución a ningún problema ni salida a ninguna situación, no tenemos más remedio que resignarnos a no poder avanzar. Los pensamientos, alimentados con sufrimiento, se vuelven aporías, ese claroscuro del espíritu. La suma de lo insoluble proyecta una trémula sombra sobre las cosas. La incurable gravedad del crepúsculo...

Todas las decadencias existen para sostenerme.

La mística oscila entre la pasión del éxtasis y el horror del vacío. No se puede conocer la primera sin haber conocido el segundo. Ambos suponen una ardua voluntad de «tabla rasa», un esfuerzo hacia una vaciedad psíquica... El alma, una vez madura para una vacuidad duradera y fecunda, se eleva hasta la desaparición total. La conciencia se dilata más allá de los límites cósmicos. La condición indispensable del estado de éxtasis y de la existencia del vacío es una conciencia privada de todas *las imágenes*. No se ve ya nada fuera de la *nada*, y esa nada es *todo*. El éxtasis es una presencia total sin objeto, *un vacío lleno*. Un estremecimiento atraviesa la nada, una invasión de *ser* en la ausencia absoluta. El vacío es la condición del éxtasis, como el éxtasis es la condición del vacío.

Hay en la obsesión de lo absoluto un gusto por la autodestrucción. De ahí la fascinación que ejercen el convento y el burdel. «celdas» y «mujeres» por todas partes. El asco de vivir crece tanto a la sombra de las santas como de las putas.

El «apetito de Dios» del que habla San Juan de la Cruz es en primer lugar negación y en último solamente afirmación de la existencia. Para quien, decepcionado, se resigna a soportar el mundo y sus tinieblas, la presencia de ese apetito y su grado de intensidad prueban hasta qué punto ya no nos apegamos al mundo. Cada vez que pensamos en Dios *instintivamente*, confesamos una deficiencia y un desconcierto. La nada vital es el punto de apoyo ideal de la Divinidad.

La mística es una irrupción de lo absoluto en la historia. Al igual que la música, ella es el nimbo de toda cultura, su justificación última.

Todos los nihilistas tuvieron problemas con Dios. Una prueba más de la vecindad con la nada de la divinidad. Habiéndolo profanado todo, no nos queda ya más que destruir esa última reserva de la nada.

Los mortales hablan de Dios para disimular su locura. Nuestros extravíos tendrán *excusa* mientras nos ocupemos de El. ¿Dios? Una demencia admitida, oficial.

Cada vez que nuestro cansancio del mundo adopta una forma religiosa, Dios es un mar en el que nos abandonamos para olvidarnos a nosotros mismos. La inmersión en el abismo divino nos salva de la tentación de ser lo que somos.

Otras veces le descubrimos como una zona luminosa en el extremo de un retroceso interior, lo cual nos consuela bastante menos, pues encontrándole *en* nosotros disponemos de El en cierto modo. Tenemos un derecho sobre El, puesto que el asentimiento que le damos no excede de las dimensiones de una ilusión.

Dios como un mar y Dios como una zona luminosa alternan en nuestra experiencia de lo divino. En ambos casos el único objetivo es el olvido, el irremediable olvido.

Cuando escuchamos a Bach, vemos *germinar* a Dios. Su obra es *generadora* de divinidad.

Tras un oratorio, una cantata o una «Pasión», El *tiene* que existir. De lo contrario toda la obra del Cantor sería una ilusión desgarradora.

...Pensar que tantos teólogos y filósofos han perdido días y noches buscando pruebas de la existencia de Dios, olvidando la única...

La idea de Dios es la más práctica y la más peligrosa que se ha concebido jamás. A causa de ella la humanidad se salva o se pierde.

Lo «absoluto» es una presencia corruptora en la sangre.

Es inútil querer acabar de una vez para siempre con los santos, pues ellos nos legan a Dios como la abeja su aguijón.

¿Por qué se piensa tan raramente en los cínicos? ¿Porque lo *supieron todo* y sacaron las consecuencias de esa suprema indiscreción?

Sin duda es más cómodo olvidarlos. Pues su falta de consideración por la ilusión les convierte en espíritus ávidos de lo insoluble.

No comprendo cómo un Plotino o un Meister Eckhart pueden rechazar el *tiempo* hasta ese punto, y sobre todo que no experimenten por él ninguna *nostalgia*. Lo que les tortura no es la ruptura de los últimos vínculos temporales, sino el hecho de no lograr romperlos todos y para siempre.

...La imposibilidad de no descubrir una vibración fúnebre en la eternidad.

La vida de Dios equivale a la muerte de la criatura, no a una soledad *con* El sino *en* El. Es la «soledad en Dios» de San Juan de la Cruz. En él la unión entre la soledad humana y el

desierto infinito de Dios se vuelve delicia inexpresable, anunciadora de su identificación completa. ¿Qué le sucede al místico en su aventura divina, *qué hace* en Dios? Lo ignoramos, puesto que es incapaz de decírnoslo.

Si existiese un acceso directo al júbilo en Dios -sin los tormentos que preceden al éxtasis- la vía sobrenatural se encontraría al alcance de todo el mundo. Pero a falta de semejante acceso, estamos condenados a ascender una escala sin alcanzar nunca el último grado.

Al lado de la soledad en Dios propiamente dicha, existe otra que no es, en el fondo, más que un *aislamiento* en él: la sensación de hallarse solo y abandonado en medio de un paisaje desolado, la certeza de no estar en *nuestra casa* dentro de la Divinidad.

La llegada del hombre equivale a una conmoción cuyos ecos alimentan la pesadilla divina. Pues el hombre añade una paradoja a la naturaleza situándose a medio camino entre ella y la Divinidad. Desde la irrupción de la conciencia, las relaciones entre el cielo y la tierra han cambiado. Y Dios ha aparecido como lo que realmente es: un *cero* más.

Salvo en los momentos en que la necesidad de consuelo se deja sentir, los poetas se preocupan de los santos únicamente en la medida en que éstos son *interesantes*.

La memoria se vuelve activa en cuanto el tiempo deja de ser su dimensión... La experiencia de la eternidad es *actualidad*; se desarrolla ahora o en cualquier momento, sin referencia a nuestra vida pasada. Doy un salto fuera del tiempo, eso es todo; inútil recordar cualquier cosa. Pero cuando se trata de nuestro pasado *esencial*, de la eternidad que *precede* al tiempo, sólo los recuerdos pretemporales hacen accesible ese pasado. Existe otra memoria, soñolienta y profunda, que despertamos raramente, se remonta a los primeros latidos del tiempo, retrocede hacia los orígenes, es decir, hacia el límite superior de los recuerdos. Es la *memoria inteligible*.

Todo recuerdo es un síntoma mórbido. La vida como estado puro, como fenómeno no alterado, es actualidad absoluta. La memoria es negación del instinto y su hipertrofia una enfermedad incurable.

La humanidad prescinde de Dios desde que le despojó de sus atributos como Persona. Quiriendo ampliar el ámbito de influencia del Todopoderoso, le ha sustraído, a Pesar de sí misma, de nuestra visión inmediata. ¿Hacia quién volvernos si ha dejado de ser una persona que pueda comprendernos y respondernos? Habiendo aumentado de extensión, Dios está en todas partes y en ninguna. Hoy es, como máximo, un Ausente universal.

Atribuyéndole mayores dimensiones, lo hemos alejado de nosotros en la misma proporción. ¿Por qué, en lugar de dejarlo tal como estaba en su modestia primordial, lo hemos desfigurado? Incitados por un orgullo sin límites, le hemos atribuido demasiadas cualidades. Sin embargo, nunca ha sido menos actual que hoy. ¡Somos castigados por haberle exaltado demasiado! Quien le haya perdido no volverá a encontrarle jamás, aunque le buscase en otras formas de ilusión...

Acudiendo en su ayuda, no hemos logrado más que entregarlo a la envidia humana. Así, por haber querido reparar un error enorme, hemos destruido el único error de valor.

El destino histórico del hombre consiste en llevar la idea de Dios hasta su final. Habiendo agotado todas las posibilidades de la experiencia divina, ensayado a Dios en todas sus formas, llegaremos fatalmente a la saciedad y al asco, tras lo cual respiraremos libremente. Hay sin embargo en el combate contra un Dios que ha encontrado su último refugio en ciertos repliegues de nuestra alma, un malestar indefinible, malestar originado por nuestro temor a perderle. ¿Cómo alimentarse con sus últimos restos, cómo poder gozar con toda tranquilidad de la libertad consecutiva a su liquidación?

La religión es una sonrisa que planea sobre un sin sentido general, como un perfume final sobre una onda de nada. De ahí que, sin argumentos ya, la religión se vuelva hacia



las lágrimas. Sólo ellas quedan para asegurar, aunque sea escasamente, el equilibrio del universo y la existencia de Dios. Una vez agotadas las lágrimas, el deseo de Dios desaparecerá también.

Hay instantes en los que quisiéramos deponer las armas y excavar nuestra tumba al lado de la de Dios. O si no, revivir petrificados la desesperación del asceta que descubre al final de su vida la inutilidad del renunciamento.

Es extraño hasta qué punto la idea de Dios puede cansar. Equivale a una extenuación de la conciencia, a una fiebre secreta y agotadora, a un principio destructor. Resulta sorprendente que, con semejante obsesión, tantos santos hayan alcanzado una edad avanzada. ¡Llegar hasta suprimir el sueño para pensar mejor en El!

En el fondo, no hay más que El y yo. Pero su silencio nos anula a los dos. Es posible que nada haya existido nunca.

Puedo morir con la conciencia tranquila, pues no espero ya nada de El. Nuestro encuentro nos ha aislado aún más. Toda existencia es una prueba suplementaria de la nada divina.

¿Cuántos saben lo que significa caer desde el abismo celestial a un abismo más profundo aún? Ninguna música ha entonado aún la ruptura con Dios...

A veces lamentamos no saber ya lo que significa el temor religioso. ¡Si al menos pudiéramos hacer renacer en nosotros el estremecimiento ancestral ante lo desconocido, el pánico ante lo indescifrable!

Rebajarse a la sabiduría supone llegar a un *acuerdo* con el ritmo universal, con las fuerzas cósmicas, es saberlo todo y adaptarse al mundo, nada más. Todos los sabios juntos no valen una imprecación del rey Lear o una divagación de Ivan Karamazov. El estoicismo como justificación práctica y teórica de la sabiduría es lo más anodino y cómodo que pueda imaginarse. ¿Existe un vicio del espíritu mayor que la resignación?

El *desacuerdo* con las cosas es un signo evidente de vitalidad espiritual, y ello es aún más cierto tratándose del desacuerdo con Dios. Reconciliarse con El significaría dejar de vivir uno mismo para ser vivido *por El*. Asimilándonos a Dios, desaparecemos; rechazándole, perdemos toda razón de existir.

Si yo estuviese cansado de vivir, El sería mi único recurso; pero mientras consiga atormentarme, no podré dejarle en paz.

Su destino es acabar incomprendido (como, por otra parte, el de las criaturas). Y sin embargo hay quien le comprende. Si no, ¿a qué atribuir la certeza lancinante que nos sorprende a veces de no poder ya *progresar* en El? Y esos desfallecimientos, esas largas vigiliass, cuando nos parece que le hemos agotado a fuerza de reflexión y remordimientos... ¡Pensar que todos le descubrimos tan tarde y que su ausencia deja semejante vacío en el espíritu...! Únicamente pensando en El sin piedad, hasta el final, asaltando sus desiertos, salimos enriquecidos de nuestro conflicto con El. Si nos contentamos con quedarnos a medio camino, El sólo será para nosotros un fracaso más.

Cuanto más nos preocupa Dios, más perdemos nuestra inocencia. En el paraíso nadie se preocupaba de El. Fue la caída, y únicamente ella, lo que originó esa extraña curiosidad. Sin la *falta*, imposible la conciencia de la existencia divina. De ahí que raramente encontremos a Dios en las conciencias que ignoran los tormentos del *pecado*.

Si el contacto con Dios anula nuestra inocencia, es también porque ocupándonos de El, nos inmiscuimos en sus asuntos. «Quien vea a Dios morirá.» Las vastedades infernales de la Divinidad, turbadoras como un vicio.

La teología es la negación de Dios. ¡Qué idea descabellada ponerse a buscar argumentos para probar su existencia! Todos sus tratados valen menos que una exclamación de Santa Teresa. Desde que la teología existe, ninguna conciencia ha conseguido ganar con ella una sola certeza, pues la teología no es más que la versión atea de la fe. El mínimo balbuceo místico está más cerca de Dios que la *Summa teológica*. Todo lo que es institución y teoría deja de estar *vivo*. La Iglesia y la teología han asegurado a Dios una agonía duradera. Sólo la mística le ha reanimado de vez en cuando.

A veces experimento una especie de estupor ante la idea de que hayan podido existir «locos de Dios», que sacrificaron todo por El, comenzando por la razón. Con frecuencia creo vislumbrar cómo puede uno destruirse por El en un arrebató mórbido, en una disgregación del alma y del cuerpo. De ahí la aspiración inmaterial a la muerte. ¡Algo podrido hay en la idea de *Dios*!

La obsesión divina es incompatible con el amor terrestre. No se puede amar apasionadamente a la vez a una mujer y a Dios. La mezcla de dos eróticas irreductibles crea una oscilación interminable. Una mujer puede salvarnos de Dios, igual que Dios puede librarnos de todas las mujeres.

Toda revuelta está dirigida contra la Creación. El mínimo gesto de insumisión compromete el orden universal aceptado por los esclavos del Creador. No se puede estar con Dios y contra su obra; pero se puede por amor hacia El olvidar la creación o incluso despreciarla.

Apenas es posible rebelarse en nombre de Dios, aunque fuese contra el pecado. Pues para el Reaccionario supremo, el único pecado que existe es la anarquía, esa protesta contra el orden inicial.

Toda rebelión es atea. La inadhesión a una fracción infinitesimal de la Creación equivale a una desintegración de la infinitud divina. La anarquía no está prevista en los planes de la Creación. Sabemos que en el Paraíso los animales descansaban tranquilamente hasta que un día uno de ellos, no aceptando ya su condición y renunciando a la felicidad, se hizo hombre. La historia entera se ha erigido sobre esa desobediencia inicial.

Si intento pensar en lo que podría aún acercarme a Dios, siento una oleada de piedad que asciende hacia sus alturas abandonadas. Quisiera uno hacer algo por ese gran Solitario.

Tener piedad de El: la última soledad de la criatura.

Un día el mundo, esta vieja chabola, acabará por derrumbarse de una vez. Nadie puede saber de qué manera, pero ello no tiene la menor importancia, pues desde el momento en que todo carece de substancia y la vida no es más que una pirueta en el vacío, ni el comienzo ni el final prueban nada.

Es posible que *pensar* en Dios sea la única razón de ser del hombre. Si consiguiera ignorarlo o amarlo, estaría salvado. Cuando uno ha comenzado a profundizarlo, está perdido. Pero el hombre parece hecho justamente para profundizarlo, para hostigarlo. Nada tiene de extraño que en poco tiempo no haya quedado nada de El. Dios resiste bien, pero ante el razonamiento pierde su substancia. Pensar que algunos filósofos le han atribuido un pensamiento infinito... Todo lo que queda de la Divinidad son viejos andrajos, harapos que nos ponemos a falta de algo mejor.

En el fondo, la historia humana es un drama divino. Pues no sólo Dios se inmiscuye en ella, sino que padece, paralelamente y con una intensidad infinitamente incrementada, el proceso de creación y de devastación que define la vida. Una desgracia compartida que, habida cuenta de su posición, le consumirá quizás antes que a nosotros. Nuestra

solidaridad en la maldición explica por qué toda ironía dirigida contra El se vuelve contra nosotros y se reduce a una auto-ironía. ¿Quién, más que nosotros, mortales, ha sufrido por no ser El lo que debería haber sido?

Dios es a veces tan fácil de descifrar que nos basta para ello examinar con una mínima atención la menor de nuestras reacciones interiores. ¿Cómo explicar la impresión de familiaridad y la ausencia de misterio que se instaura en esos raros momentos en que lo divino se vuelve accesible fuera de toda experiencia extática?

Toda versión de Dios es autobiográfica. No solamente procede de nosotros, sino que es asimismo nuestra propia *interpretación*. Se trata de una doble visión introspectiva, que nos descubre la vida del alma como un *yo* y como Dios. Nos reflejamos en El y El se refleja en nosotros.

¿Podrá soportar Dios todas mis *carencias*? ¿No sucumbirá ante semejante carga?

Yo no me concibo más que a través de la imagen que me hago de El. Sólo así el conocimiento de uno mismo puede tener un sentido y un objetivo. Quien no piensa en Dios continuará siendo un extranjero para sí mismo, pues la única vía del conocimiento de sí pasa por Dios, y la Historia universal no es más que una descripción de las formas que El ha adoptado.

La meditación musical debería ser el prototipo del pensamiento en general. ¿Qué filósofo ha seguido alguna vez un motivo hasta su agotamiento, hasta su límite extremo? Sólo en música hay pensamiento exhaustivo. Incluso tras haber leído a los filósofos más profundos, se experimenta la necesidad de volver a comenzar. Sólo la música nos da respuestas definitivas.

Parece como si el pensamiento no pudiera conducir un motivo hasta el final y que sólo el tema de Dios se prestase a variaciones infinitas. El pensamiento y la poesía le han intimidado, pero no han penetrado ninguno de los misterios que le rodean. Lo hemos así enterrado con su lote de secretos. La aventura es alucinante, la suya en primer lugar, la nuestra luego.

De entre todos los hombres, el héroe es quien menos piensa en la muerte. Sin embargo, ninguno aspira a ella, aunque de una manera inconsciente, es cierto, tanto como él. Esa paradoja define su condición: voluptuosidad de morir, sin el sentimiento de la muerte.

El *espíritu* es en sí una renuncia. ¿Qué sentido podría tener una segunda renuncia mediante el heroísmo? ¿No es significativo que encontremos una gran profusión de héroes en la aurora de las civilizaciones? Ignorando la tortura del espíritu, cómo hubiesen satisfecho los hombres su gusto por la renuncia sin su derivación heroica?

Nada une lo divino y lo heroico. Pues Dios no posee ninguno de los atributos del héroe. La cobardía sobrenatural de Jesús...

¿Qué haría yo sin el paisaje holandés, sin Salomón y Jakob Ruysdael o Art van der Neer? Cada uno de sus lienzos despierta en nosotros sueños asociados a las nubes, a tonos crepusculares y brisas marinas, a vastedades movedizas creadas para acompañar al solitario. Cuadros que son comentarios sobre la melancolía.

Los árboles, aislados o apretados unos contra otros bajo un cielo demasiado grande; los animales que no pacen la hierba sino lo infinito; los hombres que no van a ningún sitio, que esperan inmóviles en los repliegues de la sombra, - todos participan en un mundo donde hasta la luz aumenta el misterio. Lo que Vermeer van Delft, el maestro de la intimidad, de los silencios confidenciales, nos revela en sus retratos y en sus interiores, lo que en él hace palpable el silencio sin el recurso a un claroscuro de grandes proporciones, mediante pinceladas delicadas, Jakob Ruysdael, más poeta que pintor, lo proyecta en el espacio sin límites, en un claroscuro monumental. Se oye el silencio de los crepúsculos -

es el encanto desolado del paisaje holandés, al que hay que añadir cierta vibración sin la cual le faltaría a la melancolía el toque poético.

Rusia y España: dos naciones embarazadas de Dios. Otros países se conforman con conocerlo, sin llevarlo en su seno.

Un pueblo tiene la misión de revelar al menos uno de los atributos de Dios, de hacernos descubrir una de sus caras. Lo cual sólo puede hacerse si el futuro realiza una parte de las cualidades secretas de la Divinidad.

Algunos milenios de Historia han producido una crisis seria del poder y de la autoridad de Dios. Los pueblos se han superado para darlo a conocer, sin sospechar el mal que le causaban. Si todos los países se hubieran parecido a Rusia y España, hace tiempo ya que lo habrían agotado. El ateísmo ruso y español está inspirado por el Altísimo. Mediante el ateísmo, El se defiende contra la fe que le consume. Dios acoge con los brazos abiertos a los ateos, sus hijos...

¿Alguien se ha acercado a El más que el Greco mediante las líneas y los colores? ¿Ha sido Dios alguna vez asediado por figuras humanas con una insistencia más agresiva? Lejos de ser el producto de una deficiencia óptica, el *óvalo* en el Greco es la forma que adopta el rostro humano alargándose hacia las alturas. Para nosotros, España es una llama, para Dios un incendio. El fuego ha acercado los desiertos de la tierra y del firmamento. Rusia con Siberia entera arde al mismo tiempo que España y que el propio cielo.

Al ruso o al español más escéptico le apasiona Dios más que a cualquier metafísico alemán. Todo el claroscuro de la pintura holandesa no iguala en intensidad dramática la sombra ardiente de un Greco o de un Zurbarán.

El claroscuro holandés, con todo su misterio, es ajeno a la trascendencia. Es posible que la melancolía sea refractaria a lo absoluto.

Entre España y Holanda existe la distancia inconmensurable que separa la desesperación de la melancolía. El propio Rembrandt nos invita a reposarnos en la sombra y todo su claroscuro no es más que *espera* de la vejez; difícilmente se encontraría artista más reflexivo y sosegado que él.

Rembrandt es el único pintor holandés que comprendió a Dios. (¿Es ésa la razón de que haya pintado relativamente pocos paisajes?) Pero, lejos de ser una presencia que deforma las cosas hasta desfigurarlas (como en el Greco), el Dios de Rembrandt emana del misterio de las sombras.

¿Existe en el arte otro criterio fuera del acercamiento al cielo? Pues el ardor y la tensión exigidos no pueden determinarse más que en relación con una pasión absoluta. Sin embargo, ese criterio nos deja desconsolados, dado que Rusia y España nos muestran que nunca nos hallamos lo suficientemente cerca de Dios para tener el derecho de ser ateos...

El tiempo es un consuelo. Pero la *conciencia* vence al tiempo. Y resulta difícil encontrar una terapéutica eficaz contra la conciencia. Todo lo que niega al tiempo es enfermedad. Y lo que de más sano y puro hay en la vida, no es sino una apoteosis de lo efímero. La eternidad es una inagotable podredumbre y Dios un cadáver sobre el que el hombre sesteá plácidamente.

El órgano es una cosmogonía. De ahí sus resonancias metafísicas, ausentes de la flauta y del violonchelo, salvo en la expresión lírica y las vibraciones infinitamente sutiles. En el órgano, lo absoluto se interpreta a sí mismo. De ahí la impresión que nos da de ser el instrumento menos humano y de tocar siempre solo. El violonchelo o la flauta, por el contrario, dejan aparecer las debilidades del hombre, pero transfiguradas como por una nostalgia supraterrrestre.

Penetramos por casualidad en una iglesia, echamos una ojeada indiferente alrededor nuestro y de repente unos acordes de órgano nos sorprenden; o bien entramos por la

noche en una casa oscurecida por restos de humo de tabaco en la que oímos un violonchelo meditativo, o escuchamos en una tarde vasta y vacía las notas desgranadas por una flauta, - ¿podemos imaginar desamparo más halagador?

En el Greco, las figuras y los colores flamean verticalmente. En Van Gogh también los objetos son llamas y los colores queman. Pero horizontalmente, esparcidos en el espacio. Van Gogh es un Greco sin cielo, un Greco sin más allá.

En arte, el centro de gravedad explica, si no la estructura formal y los diferentes estilos, al menos la atmósfera interior. Para el Greco el mundo se precipita hacia Dios, mientras que para Van Gogh prospera en el incendio...

El asco nos embarga ante el espectáculo del devenir humano y nos obliga a renunciar a los «sentimientos», a liquidarlos. Ellos son el origen de las adhesiones ambiguas, de los estúpidos «sí» al mundo. Cuando estamos furiosos, tenemos «ataques» de santidad laica durante los cuales elaboramos nuestro propio epitafio.

El deber de un hombre solo es estar aún más solo.

A la sombra de los monasterios, una sorda tristeza hacía nacer en el alma de los monjes ese vacío que la Edad Media ha llamado *acedía*. Ese asco originado por el desierto del corazón y la petrificación del mundo es el tedio religioso. No un asco de Dios, sino un aburrimiento *en* Dios. La *acedía* son todas las tardes de domingo pasado en el pesado silencio de los monasterios.

El éxtasis en sus primeros arrebatos se crea a sí mismo un paisaje; la *acedía* lo desfigura, vuelve la naturaleza exangüe, la existencia insulsa, y suscita un aburrimiento envenenado que sólo nuestro estado de mortales privados de gracia nos permite comprender. La *acedía* moderna ya no es soledad claustral -aunque todos llevamos un claustro en el alma - sino el vacío y el espanto frente a un Dios lelo y abandonado.

¿Os habéis mirado en el espejo cuando entre vosotros y la muerte ya nada se interpone? ¿Habéis interrogado a vuestros ojos? ¿Habéis comprendido entonces que no podéis morir? Las pupilas dilatadas por el terror vencido son más impasibles que pirámides. Una certeza nace entonces de su inmovilidad, una certeza extraña y tónica en su misterio lapidario: *tú no puedes morir*. Es el silencio de los ojos, es nuestra mirada encontrándose consigo misma, calma egipcia del sueño ante el terror de la muerte. Cada vez que ese terror os embargue, miraos en el espejo, interrogad a vuestros ojos y comprenderéis por qué no podéis morir, por qué no moriréis jamás. Vuestros ojos lo *saben* todo. Pues, impregnados de nada, nuestros ojos nos aseguran que ya nada nunca podrá sucedernos.

El ocaso de un pueblo coincide con su máxima lucidez colectiva. Al debilitarse los instintos que crean los «hechos históricos», el aburrimiento se expande sobre su ruina. Los ingleses son un pueblo de piratas que, tras haber saqueado el mundo, comenzaron a aburrirse. Los romanos no desaparecieron de la superficie de la tierra a causa de las invasiones bárbaras, ni del virus cristiano; un virus mucho más sutil les resultó fatal. Una vez ociosos, tuvieron que afrontar el tiempo vacío, maldición soportable para un pensador, pero tortura sin igual para una colectividad. El tiempo libre, el tiempo desnudo y vacío, ¿qué es si no una duración sin contenido ni sustancia? La temporalidad huera caracteriza el aburrimiento.

La aurora conoce ideales; el crepúsculo solamente ideas, y en lugar de pasiones, la necesidad de diversión. La Antigüedad que tocaba a su fin intentó curar ese hastío característico de todas las decadencias históricas mediante el epicureísmo o el estoicismo. Simples paliativos, como la multiplicación de las religiones del sincretismo alejandrino, que ocultaron, falsearon o desviaron el mal, sin anular su virulencia. Un

pueblo colmado sucumbe víctima del tedio, como un individuo que ha «vivido» y que «sabe» demasiado.

¡Imposible amar a Dios de otra manera que odiándolo! Si probáramos su inexistencia en un atestado sin precedentes, nada podría nunca suprimir la rabia -mezcla de lucidez y de demencia- de quien necesita a Dios para aplacar su sed de amor y con más frecuencia de odio. ¿Qué es El si no un instante en el umbral de nuestra destrucción? ¿Qué importa que exista o no si a través de El nuestra lucidez y nuestra locura se equilibran y nos calmamos abrazándole con una pasión mortífera?

¡Esa necesidad de profanar las tumbas, de animar los cementerios en un apocalipsis primaveral! Sólo la vida existe, a pesar del absolutismo de la muerte. Eso es algo que saben los campesinos, ellos que fornican en los cementerios, ofendiendo con sus suspiros el silencio agresivo de la muerte. La voluptuosidad sobre una lápida mortuoria, ¡qué triunfo!

Imposible determinar en qué momento preciso la espera del *Juicio Final* nos sorprende y colma nuestros instantes. En medio de trivialidades abrumadoras, de gestos ordinarios o de vulgares accesos de humor, con mayor frecuencia en los bares que en otros lugares, a veces una emoción rara nos sorprende. ¡Ser capaz de hablar durante horas de cosas alegres o indiferentes con gente a la que se desprecia, sin dejar entrever un solo instante la distancia insensible que nos separa del Juicio, la distancia que nos aleja del mundo, las llamadas que nos agitan! Quien no sospecha lo que significa esta espera peca de timidez excesiva y demuestra ser incapaz de comprender esa última provocación, esa necesidad de afrontar por última vez al patrón de la estupidez unánime, al autor de un universo superfluo.

No se necesita ser cristiano para temblar ante el Juicio Final. El cristianismo no ha hecho más que explotar un temor, a fin de sacar el máximo provecho de él en beneficio de una divinidad sin escrúpulos que ha hecho del terror su aliado.

Para la conciencia, el Juicio Final es un momento indeterminado e imprevisible y sin embargo también un *estadio* de la angustia. Pensabais recorrer lo absoluto, temerosos y arrogantes, cuando de repente surge un nuevo obstáculo: ¡el Juicio Final! ¿Querría Dios hacernos morir una segunda vez?

El único argumento contra la inmortalidad es el aburrimiento. De ahí proceden, de hecho, todas nuestras negaciones.

Busco lo que *existe*. Mi búsqueda no tiene objeto. Vayamos al Juicio Final con una flor en el ojal...

Escucho el silencio y no logro ahogar su voz, que proclama: *todo está acabado*. Estas mismas palabras han presidido el comienzo del mundo, puesto que el silencio lo ha precedido...

Todo es frívolo, incluido lo Último. Cuando se ha llegado ahí, toda interrogación capital avergüenza.

A pesar de que la idea absolutamente inteligible del Juicio Final sea para el intelecto una clara provocación, sirve no obstante para explicar, para definir nuestra nada. Tanto si es religiosa como profana, la representación de una resolución final de la Historia es constitutiva del espíritu humano. La idea más descabellada adopta así el carácter de una fatalidad.

La ironía es un ejercicio que revela la falta de seriedad de la existencia. El yo convierte el mundo en nada, pues la ironía sólo proporciona sensaciones de poder cuando todo ha sido abolido. La perspectiva irónica es un subterfugio del delirio de grandeza. Para consolarse de su inexistencia, el yo se transforma en todo. La ironía se vuelve seria cuando se eleva a la visión implacable de la nada. Lo trágico es el estadio último de la ironía.

¡La pasión de lo absoluto en una alma escéptica! ¡Un sabio injertado en un leproso! Todo lo que no es absoluto o lombriz de tierra es híbrido. Puesto que no puedo ser vigilante de lo infinito, me queda la vigilancia de los cadáveres.

Pienso en una hermenéutica de las lágrimas que intentaría descubrir su origen, así como todas sus interpretaciones posibles. ¿Para qué? Para comprender las cimas de la historia y dispensarnos de los «acontecimientos», pues sabríamos en qué momentos y en qué medida el hombre ha logrado elevarse por encima de sí mismo. Las lágrimas dan un carácter de eternidad al devenir; ellas lo salvan. ¿Qué sería, por ejemplo, la guerra sin ellas? Las lágrimas transfiguran el crimen y lo justifican todo. Analizarlas y comprenderlas es encontrar el secreto del devenir universal. El sentido de semejante estudio sería guiarnos en el espacio que une el éxtasis a la maldición.

Lo que me separa de la vida y de todo es la horrible sospecha de que Dios podría ser un problema de segundo orden. Esa duda -evidente hasta la locura- nos obliga a cruzarnos de brazos: ¿qué hacer si no?

¿Habrá alcanzado la futilidad de la existencia al propio Dios? ¿Habrá la enfermedad de lo inesencial afectado a la esencia? La sustancia divina debe de estar corrompida desde hace tiempo para que nosotros dudemos de su salud y de sus virtudes. Dios no se halla ya presente; ni siquiera las blasfemias logran reanimarle. ¿En dónde reposa, en qué hospicio? He comprendido: Dios es un Absoluto que se *economiza*. El mundo no ha merecido, en suma, más que una Divinidad decrepita.

Todas las campanas llaman al Juicio Final. ¡Desde hace tantos siglos anuncian el fin, envolviendo con su solemnidad la agonía a la que el cristianismo nos invita...! Cuando resuenan sus llamadas dentro de nosotros es que ya estamos maduros para el Juicio Final, y si suenan a roto, la sentencia es irrevocable.

El más humilde de los cristianos tiene momentos en los que conversa con Dios de igual a igual. La propia religión tolera esos aires pretenciosos sin los cuales el hombre reventaría de modestia. De ahí que el ateísmo halague la libertad humana, pues hablando desde *lo alto* a Dios eleva el orgullo al rango de demiurgia. Quien nunca ha despreciado el principio supremo está predestinado a la esclavitud. Sólo somos realmente nosotros mismos en la medida en que humillamos al Creador.

Quien no es *naturalmente* feliz no conocerá sino la felicidad consecutiva a las crisis de desesperación. Temo una dicha insoportable de la que sería víctima y que, vengándome de un pasado de terror, me vengaría de todo, incluso de la desgracia de haber vivido.

Es superior, desde el punto de vista cristiano, el leproso que ama su lepra a aquel que la *acepta*, el moribundo que lucha a aquel que se resigna, la desesperación a la transacción... Legitimando la fiebre, el cristianismo creó las condiciones favorables para un «cultivo» de santos. El ha elevado la temperatura del hombre...

«La edad de la inocencia.» Cuanto más se contemplan los cuadros de Reynolds, más se persuade uno de que sólo existe un fracaso: dejar de ser niño. El Paraíso proyecta en el pasado ese estadio de nuestra vida, nos consuela de nuestra infancia desaparecida. Mirad

esa mano delicada que el niño ha posado sobre su pecho como para defender tímidamente su dicha... ¿Comprendió Reynolds todo eso? ¿O esos ojos pensativos expresan un vago espanto ante lo que deberá perderse? Como los amantes, los niños tienen el presentimiento de los límites de la felicidad.

Haber amado siempre las lágrimas, la inocencia y el nihilismo. Los seres que lo saben todo y los que no saben nada. Los fracasados y los niños.

El fracaso es un paroxismo de la lucidez; el mundo se vuelve transparente para el ojo implacable de quien, estéril y clarividente, no se apega ya a nada. Incluso inculto, el fracasado lo sabe todo, ve a través de las cosas, desenmascara y anula toda la creación. El fracasado es un La Rochefoucauld sin genio.

Si yo fuera poeta, no pararía hasta que Nerón fuese vengado. Sabría lo que hay que escribir sobre la melancolía de los emperadores locos. Sin un Nerón, los imperios agonizantes carecen de estilo, las decadencias pierden todo su interés.

Nadie ha llevado más lejos que Meister Eckhart el deseo de aniquilar sus instintos de criatura. Su total inadhesión a la creación le Conduce a esa *Abgeschiedenheit*, ese desapego que es la condición primordial del apego a Dios. Entre vida y eternidad, sacrifica sin dudar la primera, verificando teórica y prácticamente la dolorosa disparidad de ambos términos.

¿Por qué se ha querido añadir a toda costa algo al Eclesiastés, que lo contiene ya todo? Mejor dicho: lo que no se halla en el Eclesiastés está tachado de error. «Entonces mi corazón se volvió hacia la desesperación.» Hacia la Verdad.

...«Pues cuanta más sabiduría, más pesadumbre, y aumentando el saber se aumenta el sufrir.»

El Eclesiastés es un muestrario, una revelación de verdades a las que la vida, cómplice de todo lo que es «vano», resiste encarnizadamente.

Ese temor repentino, surgido de ningún lugar, que crece en nosotros y confirma nuestro desarraigo, no es «psicológico», no pertenece más que en último lugar a lo que llamamos alma. En él resuenan los tormentos de la individuación, el viejo combate entre el caos y la forma. No logro olvidar los instantes en los que la materia resistía al Todopoderoso.

El desapego a la vida engendra un gusto por la rigidez. Comenzamos a ver un mundo de formas rígidas, líneas precisas, contornos muertos. Cuando no se experimenta ya esa alegría que alimenta al Devenir, todo se acaba en simetrías. Lo que se ha llamado el «geometrismo» en numerosos tipos de locura, no sería más que la exageración de esa predisposición a la inmovilidad que acompaña a toda depresión. El gusto por las formas revela una inclinación secreta por la muerte. Cuanto más deprimido se está, más se petrifican las cosas, a la espera de que se hielen.

«El sufrimiento es la única causa de la conciencia» (Dostoievski). Los hombres se dividen en dos categorías: los que han comprendido eso y los demás.

Cualquiera que sea nuestro grado de cultura, si no reflexionamos intensamente sobre la muerte, no seremos más que nulidades. Un gran sabio que no sea más que eso es muy inferior a un analfabeto obsesionado por los grandes interrogantes. En general, la ciencia embrutece los espíritus reduciendo su conciencia metafísica.

Cuando paseamos por las calles, el mundo, mal que bien, parece existir. Pero miremos por la ventana: todo se vuelve irreal. ¿Cómo es posible que la transparencia de un cristal



nos separe hasta ese punto de la vida? En realidad, una ventana nos aleja más del mundo que el muro de una cárcel. A fuerza de contemplar la vida acabamos por *olvidarla*.

Cuanto más leo a los pesimistas, más aprecio la vida. Tras leer a Schopenhauer, reacciono como un novio. Schopenhauer tiene razón cuando afirma que la vida no es más que un sueño. Pero incurre en una inconsecuencia grave cuando, en lugar de estimular las ilusiones, las desenmascara haciendo creer que existe algo fuera de ellas.

¿Quién podría soportar la vida si fuera real? Siendo un sueño, es una mezcla de encanto y de terror a la cual sucumbimos.

Los paisajes y la naturaleza en general no son más que una huida fuera del tiempo. De ahí la sensación de que nada ha existido jamás cada vez que nos entregamos a ese sueño de la materia que es la naturaleza.

El trato con los mortales es un suplicio para un espíritu lúcido, una sangría sin fin. Si, tras haber vivido entre nuestros semejantes con los ojos abiertos, conservamos aún sangre de reserva para otras llagas, es que no hemos comprendido nada de nuestro desastre colectivo.

Nos liberamos en la medida en que detestamos a los hombres. Hay que odiarlos para poder apegarse a las perfecciones inútiles, a los desgarramientos y a las beatitudes, fuera del tiempo, fuera de la historia. Hay en todo entusiasmo por el fenómeno humano como tal una falta de distinción y de gusto. Execrar al hombre nos hace considerar a la naturaleza como una vía de liberación, de renuncia, y no, a la manera de los románticos, como una etapa en la odisea del espíritu. Tras habernos degradado rebajándonos al Devenir, ya va siendo hora de que descubramos de nuevo esa identidad inicial que hemos roto mediante el delirio de grandeza que padece la conciencia. No puedo contemplar un paisaje sin experimentar la necesidad de destruir todo lo que de a-cósmico hay en mí. Nostalgia vegetal, añoranzas telúricas, ganas de ser planta sometida al ciclo mortal del sol.

Hay en la vida una especie de histeria de final de primavera.

Ni suficientemente desgraciado para ser poeta... ni suficientemente indiferente para ser filósofo, sólo soy lúcido, pero lo bastante para estar condenado.

«Vivo de lo que los demás mueren» (Miguel Ángel). No hay nada más que decir sobre la soledad...

El mundo es sólo un pretexto. Necesitamos pensar en algo y lo hemos escogido como tema de reflexión. De ahí que el pensamiento no pierda una sola ocasión de destruirlo.

Buda era un optimista. ¿Es posible que no haya observado que el dolor define tanto al ser como al no-ser? Pues la existencia o la nada «existen» únicamente a través del sufrimiento. ¿Qué es el vacío sino una aspiración abortada al dolor? El Nirvana corresponde a un estado de sufrimiento más etéreo, a un nivel más espiritualizado de tormento. La *ausencia* puede significar un déficit de existencia, pero no de dolor. Pues el dolor precede a todo, incluido el Universo.

No creo haber perdido una sola ocasión de estar triste. (Mi vocación de hombre.)

Sólo durante mis arrebatos de pasión por la vida he sentido que moriría de verdad un día. El miedo me une a la vida mucho más que la plenitud voluptuosa que acompaña a esos momentos de pasmo, de abandono misterioso en que los sentidos se vacían para

absorber la vida que nos invade por todos los poros, haciendo callar las palabras y los pensamientos.

Si no arrastrara mi muerte conmigo en mis esperanzas y en mis fracasos, me retiraría a vivir con los animales y me entregaría al sueño bendito de la inconsciencia. La muerte... ¿estoy unido a ella únicamente por una aspiración secreta, una nostalgia vegetal, una complicidad con las ondulaciones fúnebres de la naturaleza? ¿No sería esto más bien orgullo, la negativa a ignorar que vamos a morir? Pues nada es tan halagador como el pensamiento de la muerte - el *pensamiento*, y no la muerte.

Renunciar a saber que voy a morir: por nada del mundo lo desearé mientras viva, pero espero la muerte para poder olvidar ese saber.

El horror de todo, objetos o criaturas, trae a la mente visiones desoladas. Se deplora que la tierra tenga tan pocos desiertos, se quisiera nivelar las montañas, se sueña con una Mongolia de atardeceres implacables.

Los ascetas cristianos consideraban que sólo el desierto era ajeno al pecado y lo comparaban a los ángeles. Dicho de otra manera, sólo hay pureza donde nada crece.

Las ganas de humillarse por desprecio de los demás, de hacer el papel de víctima, de monstruo, de bruto... Cuanto más se siente la necesidad de colaborar en una tarea «constructiva», cuanto más se experimenta la necesidad del «otro», más inferior se es. Pero *el otro no existe*: esta conclusión se impone y nos reconforta. Estar solo, despiadadamente solo, ése es el imperativo al que hay que someterse cueste lo que cueste. El universo es un espacio vacío y las criaturas no existen más que para atestiguar y consolidar nuestro aislamiento. Yo nunca he encontrado a nadie, no he hecho más que tropezar con sombras simiescas.

Nuestros terrores proceden de la noche sin fin contra la cual el Altísimo ha librado su primera batalla. Fue la suya una victoria incompleta: únicamente consiguió imponer el día a medias. Al hombre le ha correspondido la tarea de realizar la plenitud de los días - pero sólo lo ha logrado en pensamiento. Dormimos no para encontrar el reposo sino para olvidar la noche y nuestra falsa victoria.

Vivimos a la sombra de nuestros fracasos y de nuestras heridas de amor propio. Nuestro apetito de poder exacerbado hasta la locura no puede satisfacerse en este mundo. No existe aquí abajo espacio para el instinto demiúrgico y su furia devastadora.

Buscamos en la religión un consuelo a las derrotas de nuestra voluntad de conquista. Añadiendo otros mundos a éste, podemos esperar triunfos miríficos. Nos volvemos religiosos por temor de asfixiarnos en los límites malditos de este mundo. En realidad, un alma indomable sólo reconoce un enemigo: el Ser Supremo. El es quien debe ser liquidado, el último baluarte que hay que conquistar.

Por turno, nos repartimos, Dios y nosotros, el poder. De ahí resultan dos concepciones del mundo totalmente irreconciliables. Como nosotros, Dios tampoco está dispuesto a hacer concesiones.

A veces, no puedo dejar de darles la razón a esos filósofos que, para explicar las relaciones entre el alma y el cuerpo, admitían una intervención divina en cada acción. Pero ellos se quedaron a medio camino. No sintieron que sin esa intervención el mundo podría volver al caos, romperse en trozos y precipitarse en el abismo. Para ellos, Dios no puede dejar de *otorgar* su apoyo a este desequilibrio provisional.

El se inmiscuye en todo, se halla presente en los mínimos detalles. ¿Podríamos nosotros sonreír sin su intervención? Los creyentes que le imploran a cada paso saben muy bien que en el mundo abandonado a sí mismo sería aniquilado inmediatamente. En el fondo, ¿qué sucedería si Dios se retirase a su indiferencia inicial?

Imposible gobernar al mismo tiempo que El. Podemos sustituirle o sucederle, pero no vivir a su lado, pues no soporta el orgullo de la criatura. El hombre está hecho de tal

manera que o se identifica con la Divinidad o la provoca. Nadie aún ha sido «razonable» en su presencia. La ambición constante del hombre es servir de interino a Dios.

...Pero nuestro fracaso nunca es tan notable como en esa misteriosa oscilación que nos proyecta lejos de Dios, para devolvernos luego a El, alternancia de derrota y de demiurgia que traduce todo lo que de incurable tiene nuestro destino.

Con frecuencia me pongo a soñar con esos ermitaños de la Tebaida que se cavaban una tumba para derramar en ella sus lágrimas día y noche. Cuando se les preguntaba cuál era la razón de su aflicción, respondían que lloraban por su alma.

En la vaguedad del desierto, la tumba es un oasis, un lugar concreto y un apoyo. Se cava la tumba para tener un punto fijo en el espacio. Y se muere para no extraviarse.

¿Por qué hurgar en mi memoria? ¿Para qué acordarte de mí? ¿Lograrías medir tu caída y la presencia de mi angustia en la tuya? ¡Apártate de la criatura!

Olvídame, pues quiero ser libre - y no temas nada, no te dedicaré ni un solo pensamiento. Muertos el uno para el otro, ¿quién nos impedirá obrar a nuestro antojo en ese espacio fúnebre abandonado que en tu divina Ignorancia has bautizado con el nombre de Vida?

La conclusión de toda religión: *la vida* como una pérdida de alma.

No tengo ya nada que compartir con nadie. Salvo durante algún tiempo aún con el Solitario.

Cuanto más atrevidas son las paradojas sobre Dios, mejor expresan su esencia. Las propias injurias le resultan más familiares que la teología o la meditación filosófica. Dirigidas contra los hombres, serían irremediabilmente vulgares o no tendrían consecuencias; *el hombre* no es en absoluto responsable, dado que su creador es la causa del error y del pecado. La caída de Adán es ante todo un desastre divino. El Creador ha proyectado en el hombre todas sus imperfecciones, su podredumbre y su decrepitud. Nuestra aparición sobre la tierra debería salvar la perfección divina. Lo que en el Todopoderoso era «existencia», infección temporal, caída, se canalizó en el hombre, así Dios ha salvado su nada. Gracias a nosotros, que le servimos de vertedero, El se halla vacío de todo.

...De ahí que cuando injuriamos al cielo, lo hagamos en virtud del derecho de quien lleva una carga ajena. Dios sospecha lo que nos sucede y si envió a su Hijo para que nos quitara de encima una parte de nuestras penas, lo hizo no por compasión, sino por remordimiento.

Todo lo que en mí aspira a la vida exige que renuncie a Dios.

Se comienza a creer por orgullo -lo cual, si no es agradable, es en cualquier caso «honorable». Cuando no nos apasionamos por El, nos ocupamos necesariamente de los hombres. ¿Y se puede degenerar más?

No podemos decidimos entre la libertad y la felicidad. Por un lado el sufrimiento y lo infinito, por el otro la mediocridad y la seguridad. El hombre es un animal demasiado orgulloso para aceptar la felicidad y demasiado corrompido para despreciarla.

¿No es significativo que la «felicidad» engendra un malestar? ¿Quién se jacta de no sufrir? El desasosiego que sentimos ante los desgraciados no es más que la expresión de nuestra convicción de que el sufrimiento constituye el signo distintivo, la originalidad propia de un ser. Pues se convierte uno en un hombre no por medio de la ciencia, el arte o la religión, sino a través del rechazo lúcido de la felicidad, de nuestra incapacidad innata para ser felices.

Cuanto menos esperanzas tenemos, más orgullosos somos, hasta el punto de que orgullo y desesperación se desarrollan juntos, siendo como son indiscernibles entre sí incluso para un observador clarividente. El orgullo nos prohíbe esperar, buscar una salida fuera del abismo del yo, y la desesperación se da aires sombríos, sin los cuales el orgullo sería un juego mezquino o una ilusión lamentable.

Dependiendo como depende de nuestra desesperación, Dios debería continuar existiendo incluso en presencia de pruebas irrefutables de su inexistencia. A decir verdad, todo habla en favor y en contra de El, pues todo lo que existe lo desmiente y lo confirma. La blasfemia y la plegaria se justifican igualmente en el mismo instante. Cuando las proferimos juntas, nos aproximamos al representante supremo del Equívoco.

Esa fuerza que nos hace estrechar a Dios contra nuestro corazón como si fuera un ser querido en la agonía, a fin de obtener de El una última prueba de amor, y encontramos luego con su cadáver en los brazos...

Cuando busco una palabra que me agrade y entristezca a la vez, sólo encuentro una: olvido. No acordarse ya de nada, mirar sin recordar, dormir con los ojos abiertos sobre el Incomprendido...

¡Qué placer tener a mano un místico alemán, un poeta hindú o un moralista francés para soportar el exilio cotidiano!

Leer noche y día, engullir tomos, esos somníferos, pues nadie lee para aprender algo sino para olvidar, para remontarse hasta el origen del hastío primordial agotando el devenir y sus manías.

No es fácil ni agradable querellarse sin cesar con El. Cuando, en virtud de no se sabe qué impulso, se ha comenzado a hacerlo, se pierde toda moderación y toda reserva. *Superbia* - presunción de la criatura. Incitando a la cizaña, ella desecha la humildad y convierte el destino en tragedia. Sin la soberbia, energía de nuestras locuras y de nuestras bajezas, la historia sería inconcebible. En su forma extrema, ella es usurpación sin fin. Quien la ha conocido hasta el final, no puede ya tener más que un rival...

Todo lo que se aferra al mundo es trivial. De ahí que no haya religión inferior... El estremecimiento sagrado más primitivo presta un aliento a las apariencias. *En* el mundo la gracia parece ceniza; *más allá* hasta la nada parece una gracia.

Con un poco de celo hubiéramos podido hacer más feliz a Dios. Pero le hemos abandonado y se encuentra ahora más solo que antes del comienzo del mundo.

Según Meister Eckhart, nada repugna más a Dios que el tiempo, o simplemente el hecho de adherirse a él. Codiciando la eternidad, Dios -y Meister Eckhart con él- desprecia hasta «el olor y el gusto del tiempo».

El rechazo voluntario y lúcido de lo absoluto es el camino de la resistencia a Dios en beneficio de la ilusión, es decir, de la esencia de toda vida.

¿Perdonaré alguna vez a la tierra el hecho de encontrarme en ella como un intruso únicamente?

El Paraíso gime en el fondo de la conciencia, mientras la memoria llora. Y es así cómo se piensa en el sentido metafísico de las lágrimas y en la vida como el desarrollo de una añoranza.

